

UN AÑO CADA DÍA

MARTA SANTAMARÍA MONTURIOL,
23 años, estudiante de Derecho y Economía
VOLUNTARIADO EN CEUTA, VERANO 2011

ZAMBULLIRSE

Sin saber qué me esperaba al otro lado llegué a Ceuta pasadas las cinco de la tarde. Creí que mi incorporación como voluntaria en la asociación Elín sería gradual. Pero no fue así. Sucedió que, según preguntábamos por Paula y dejábamos las mochilas, dieron las cinco y media de la tarde. En ese momento justo, aquella casa silenciosa explotó. Los pasillos, el espacio frente a la entrada, las aulas... todo se llenó de una marea de muchachos africanos altos y sonrientes: Se habían acabado las clases de español. En medio del revuelo nos mandaron a por el bañador y fuimos con todos hacia la playa. Dos semanas más tarde me encontré cruzando ese mismo mar para volver a mi casa. Parecían haber pasado años.

¿Cuánto tiempo hace falta para que empecemos a ver la realidad con otros ojos? ¿Qué miradas, qué palabras son las que te sacudirán, quieras o no, llamándote a tomar partido?

¿Es suficiente con ver la alambrada en la frontera? Una doble valla con espinos por arriba, un derramamiento de metal gris que provoca la náusea. Recorre la montaña verde, reflejando el paso de la cultura por la naturaleza. El continuo atropello del más fuerte sobre el débil.

Frente a ese sinsentido de metal descubres que hay cosas en nuestra realidad que no puedes explicar.

La persona que llegó a Ceuta con mi nombre no soy yo. Llevaba conmigo cierta curiosidad por la situación de la frontera sur de España. Me acerqué a la experiencia de Ceuta como quien abre un libro por la primera página para ver sobre qué trata. No sabía que al volver a Madrid traería en mí plantada la semilla de Elín. Esa semilla que me haría dejar de ser una isla. Allí, en la asociación Elín, no solo se trabaja por derribar fronteras sino toda barrera o muro. Cada día me sentía más cerca de los demás y perdía el miedo a implicarme, Aprendí a *“alegrarme con los que se alegran y a llorar con los que lloran”*¹. A sentir fuertemente la humanidad de los otros por encima de toda diferencia. Y me encontré de bruces con África, con toda su vida y fuerza.

Esta semilla quedó arraigada cuando sentí cómo Dios nos acompañaba en la ciudad de Ceuta. Lo veía en las energías de Regina, Paula y Cande, en su vitalidad y entrega que era una inspiración para los demás, días tras día. Lo sentía en los rezos de cada mañana, en nuestras oraciones por los que sufren, a los que ahora ponía nombres y apellidos. Lo escuchaba cada domingo en la iglesia, en la palabra de Dios o en los cánticos. Escuchaba ese ritmo que te transforma. Una forma de cantar en el lenguaje del mundo, en todos los lenguajes juntos y con todas las lenguas. Canciones que conocía bien pero que ahora tomaban sentido completo. Y por supuesto veía a Jesús en cada uno de los voluntarios, en la manera de encontrarnos cada día a las ocho de la tarde en la terraza de la casa para el momento de oración. Comentando eufóricos los buenos ratos del día. Estábamos todos radiantes. Vida pura, quemándose a toda velocidad. Se desbordaban las carcajadas o las lágrimas. Poco importaba si hablabas tú o tu compañero pues la sensación de compartir y de estar juntos se encontraba dentro de cada uno. Solo podíamos sonreír, hacer bromas y emocionarnos con las experiencias que escuchábamos.

ÁFRICA MUCHO MÁS CERCA

Rápidamente olvidé mi vida anterior con mis problemas cotidianos y me lancé a hacer cosas. Y cada día me encontraba en situaciones nuevas. Poco después de llegar acompañamos a un chico con una grave infección de ojos al hospital porque él no hablaba castellano. Aún recuerdo esa sensación tan fuerte de haber podido ayudarle.

Poco después de empezar la segunda semana nos plantamos delante de la Comisaría para ver a unos amigos a los que iban a trasladar al centro de internamiento de extranjeros, en Tarifa. Como no nos dejaron verlos, al día siguiente nos presentamos en los juzgados para despedirnos de ellos ante los sorprendidos policías.

Sin darme cuenta de cómo o cuándo estaba atrapada por las miradas de aquellas personas que viniendo desde tan lejos eran tan similares a nosotros. Teniendo la suerte de hablar francés pude escuchar algunas de sus historias. Cosas que no voy a olvidar. Pero también compartíamos juegos, risas y bromas. Son personas distintas a cuantos otros conocerás, con una determinación de hierro y una fe de gigantes. Han viajado miles de kilómetros cruzando

¹ San Pablo

desiertos y ciudades para llegar aquí. Imaginaos lo impactante que fue descubrir que casi todos eran más jóvenes que yo. Me hizo sentir avergonzada. Chicos de la edad de mi hermano que, en lugar de estar en un aula de colegio, estaban caminando solos hacia un país que les cerraría sus puertas por mucho que llamaran. Y aun así no dejaban de venir a clase de español rebotando de preguntas, llegando quince minutos antes para sentarse junto a la pizarra y no queriendo irse al acabar la lección. Tampoco dejaban de rezar, de acudir a la iglesia o a la mezquita, confiando en Dios y en su misericordia.

He hablado de la acogida de la asociación Elín, por medio de sus incombustibles brazos: Paula, Cande y Regina. Pero también quiero mencionar cómo me sentí acogida por los africanos. Me sentía orgullosa de que nos enseñaran sus cantos y sus palabras, les agradecía que me saludaran con el chasquido que reproducen entre ellos reconociéndonos como hermanos suyos a pesar de nuestra piel blanca. Creo que la planta de Elín, ese tronco fuerte regado por el amor y el respeto, atrapa a todos vengan de donde vengán. Realmente cambió mi percepción del mundo y la sensación en mi interior.

Estas dos semanas en la Comunidad Vedruna de Ceuta me hicieron zambullirme en una realidad demasiado incómoda para aparecer en los medios de comunicación: el día a día de esos más de 600 africanos retenidos en una ciudad en la que no pueden empadronarse, trabajar ni recibir más atención médica que la prestada por Cruz Roja. Buscando un medio de ganarse la vida, de mejorar o de escapar del hambre o la guerra que ha tomado sus países. Gracias a la asociación Elín encuentran una acogida sincera en esa tierra desconocida a la que arriban. Para ellos, tal como lo contaban, significa encontrar un ambiente familiar donde no sentirse como extranjeros sino como hermanos. Y para mí también fue así. Me contagié del sentimiento optimista y potente de que sí se puede, de que vale la pena intentar cambiar las cosas. Y de que África es mucho más que miseria y guerra. Espero recordar siempre la filosofía de Elín y todo lo que recibí en esas dos emocionantes semanas.

Solo me queda dar las gracias una vez más a esas tres mujeres increíbles que hacen posible *Elín* y que cada verano cautivan a nuevos voluntarios que ya somos y seremos parte de esa gran familia que lucha por un mundo más justo.

